

*El refugio
perfecto*

PARA EL CONSTRUCTOR DE
CASTILLOS DE NAIPES

A D R I A N A H A R T W I G

*El refugio
perfecto*

PARA EL CONSTRUCTOR DE
CASTILLOS DE NAIPES

· LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL ·



PRÓLOGO

© Editorial Vestales, 2013

Dirección editorial: M^a Mercedes Pérez

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Hartwig, Adriana
El refugio perfecto para el constructor de castillos de naipes, 1.^a ed., Buenos Aires: Vestales, 2013.
288 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-35-0

1. Narrativa argentina. 2. Novelas románticas. I. Título
CDD A863

ISBN 978-987-1405-35-0

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Buenos Aires, 1828.

GABRIEL HAWTHORNE ESBOZÓ UNA LEVE SONRISA DE HASTÍO cuando se sirvió una medida de licor. Su rostro de líneas sobrias y angulosas parecía esculpido en bronce por el tenue resplandor de una vela que titilaba junto a él sobre la mesa. La sombra de una barba de tres días le oscurecía la mandíbula y subrayaba la curva inflexible de sus labios. Se encontraba cómodamente sentado en un pesado sillón de nogal, sin expresión alguna en el rostro. Del respaldo, colgaban su chaqueta, sus guantes y una elegante corbata de seda que debía usar esa misma noche para un encuentro con una dama muy peculiar... Una dama que, seguramente, a esas horas, ya estaría preguntándose si él acudiría a la cita o no.

La tímida opacidad azulada del anochecer apenas comenzaba a extenderse por el intrincado tejido de nubes plumizas que encapotaba el cielo, cuando el caballero finalmente decidió servirse otra generosa medida de licor. Con cierta impaciencia cerró los dedos alrededor de la botella y, mientras bebía, contemplaba la calle con una expresión inescrutable plasmada en su rostro. Esa noche, como tantas otras en realidad, la ciudad tenía ese triste aspecto gris y desagradable que seguramente acabaría por deprimirlo antes de la llegada del alba. Algo oscuro y desolador se agitó en las profundi-

dades de sus ojos; una intensa emoción que contrajo sus labios en otra tensa sonrisa.

La niebla parecía acercarse poco a poco a él; como antes, cuando debía enfrentar a los espectros de la bruma en las solitarias callejuelas que rodeaban el muelle, en las inmediaciones del bajo. En el horizonte, contra el tenebroso trasfondo del cielo, se podía ver cada tanto el guiño de un relámpago que cruzaba el cielo de un lado a otro. Llovería. Tal vez en la madrugada, cuando los demonios se desvanecieran en esa maldita niebla para resguardarse entre las miserables casuchas que bordeaban los bajos, después de gozar la noche en compañía de prostitutas y truhanes, ladrones y asesinos.

Gabriel observó su propio reflejo en el cristal de la ventana y al hacerlo, su sonrisa adquirió el maligno cinismo con el que acostumbraba enmascarar la soledad. “No importa cuánto intente alejarme de ella, pensó, la niebla siempre está allí, esperando por mí.” Admiraba la lenta llegada de la noche en silencio, inexpresivo, con los ojos fijos en la línea del horizonte. El tono violáceo de sus pupilas se reflejó un instante en el líquido ambarino que restaba en su vaso. “Cuánto silencio”, pensó. Bebió el resto del licor con calma: “siempre, siempre el silencio a mi alrededor”.

El reloj de pie que adornaba una esquina de la estancia rompió bruscamente la monacal quietud de la noche con el estridente sonido de campanillas al retumbar por todo lo alto en aquella desdichada e insípida alcoba de soltero. Gabriel observó entonces la calle con los ojos entornados, escudriñando con atención la creciente oscuridad y, por un instante, experimentó la sensación de estar contemplando la vida desde afuera, a distancia, como si no hubiera en este mundo nada importante para él. “Quizá no lo haya”, decidió con cierta melancolía en su mirada. “¿Por qué habría de haber algo para mí ahí afuera?”, sonrió tristemente. “Solo soy un miserable más que camina en este mundo sin rumbo ni razón, simplemente dejo pasar el tiempo.” Con los dedos crispados por ese insidioso sentimiento de vacío que siempre lo atacaba a las horas del ocaso, Gabriel dejó de golpe el vaso de licor a un lado y sacó de

entre los pliegues de la ropa un mazo de naipes. “Un miserable más; como tantos otros.”

Comenzó a mezclar las cartas con la rapidez y la habilidad de años de experiencia, con expresión tensa, en un mudo ejercicio que le permitía aclarar sus ideas y liberar a su mente del desagradable e innecesario peso del desaliento y la tensión.

“Solo silencio, niebla y frío”, pensó. Los dedos se movían rápidamente, una y otra vez, pasando las cartas de una mano a la otra. “Sin nada que esperar.”

Con una leve sonrisa carente humor todavía curvándole las comisuras de los labios, volvió los ojos hacia los ventanales una vez más. El suave resplandor de sus pupilas se reflejó en el cristal con la dura expresión de un hombre acostumbrado a la soledad. Fuera, la gélida niebla estaba comenzando a levantarse poco a poco entre las tenebrosas callejuelas de la ciudad.

Gabriel cerró los ojos un momento. Podía escuchar el murmullo del viento entre las ramas de los árboles, así como el casi imperceptible rumor de la bruma al avanzar lentamente por las calles, tragándose a su paso todo cuanto se encontraba. Sus gélidos zarcillos se arrastraban sigilosamente entre las sombras y los atestados barrios de la ciudad, especialmente, por las taciturnas y sombrías veredas de San Telmo. Cubría con un manto de desolación a todos cuantos se atrevían a caminar en aquel frío anochecer de otoño por las solitarias calles de Buenos Aires: un otoño opaco, lluvioso, oscuro.

Después de un momento, mientras Gabriel todavía mezclaba los naipes una y otra vez, el ocaso finalmente llegó al cenit y la noche terminó de encapotar la ciudad con nubes de tormenta. Él guardó las cartas en el bolsillo de la chaqueta y se puso de pie. Esbozó una sonrisa.

“Una noche más, pensó, al igual que tantas otras”, y abandonó la penumbra de la habitación para fundirse con las sombras de la ciudad.

CAPÍTULO I

POCOS LO CONOCÍAN Y, SEGURAMENTE, CON EL TIEMPO, NADIE lo recordaría; sin embargo, el nombre del viejo infeliz era Samuel Balmaceda: un poco confiable hacendado paraguayo venido a menos, de sesenta y cinco años, obstinado como un mulo viejo y sumamente torpe con los naipes, a pesar de sus alardes. No hacía mucho tiempo que se encontraba en Buenos Aires, pero unos pocos días de estadía le habían bastado para perder todo el dinero que había logrado extraer de los bienes de su difunto medio hermano.

Cuando llegó a Buenos Aires, estaba seguro de que no tardaría en hallar a unos comerciantes amigos que, en cierta ocasión, le habían prometido ayudarlo en caso de que necesitara dinero, pero, lamentablemente, esos amigos no se encontraban en la ciudad, y él se había visto obligado a sobrevivir por su cuenta.

Con una fe prácticamente ciega en unas inexistentes habilidades como jugador, comenzó a visitar todas las noches las diferentes pulperías de la ciudad, en busca de una inútil oportunidad de recuperar todo lo que había perdido a través de los dados y los naipes. Samuel Balmaceda comenzó, así, a jugar incansablemente desde el atardecer hasta muy altas horas de la noche o hasta que terminaba sin un solo peso en su haber, cosa que sucedía con más frecuencia de lo que a él le habría gustado admitir.

Esa noche en particular, con sus ojillos azules siempre entornados por una triste miopía, Samuel se detuvo un momento en

el umbral de la estancia y escudriñó las diferentes mesas de juego. Pensaba apenas en los documentos que ocultaba en uno de los bolsillos de su vieja chaqueta oscura. “Tal vez podría apostarlos en una mano”, supuso y la vaguedad cobró forma. Ansioso de golpe, presionó un pañuelo de lino contra la sien. El rostro moreno y poco atractivo reflejó por un instante una inquietud delatora, lo que no era nada bueno que sucediera en un antro de mala muerte como aquel. Expresiones como aquella solían atraer a los truhanes como moscas a la miel. Samuel suspiró, desanimado. Necesitaba dinero de inmediato, mucho dinero. “Tengo doscientos pesos, recordó, aunque no puedo apostarlos.” Si lo hacía, muy probablemente acabaría flotando en el Riachuelo boca abajo antes de la llegada de la mañana.

Nervioso, deslizó una lenta mirada por el lugar. No era muy respetable, de hecho, se trataba de todo lo contrario. Arrugó la nariz con desagrado. Olía a cigarros, perfumes baratos, sudor y orines. No podía esperar otra cosa de una pulpería ubicada en una sucia callejuela, a pocos pasos del bajo. A nadie le sorprendería encontrar en el salón a truhanes, usureros y putas compartiendo alegremente una bebida bajo la atenta y hosca mirada del dueño del local; y junto a ellos, caballeros venidos a menos y mozalbetes altaneros. Samuel tenía la seguridad de que hallaría también, si le interesara hacerlo, a ladrones y asesinos paseando tranquilamente entre las mesas de juego, en busca de alguien a quien desplumar de un zarpazo.

—Señor Balmaceda —la voz fría de Lucas Villoda, conocido truhán y prestamista de los bajos fondos, sonó a su espalda—, llega temprano esta noche.

El aludido se volvió hacia quien lo había llamado, tenso, con una enorme y falsa sonrisa plasmada en sus labios resecos.

—Buenas noches, señor —balbuceó, nervioso. Una vez más, se pasó el pañuelo por el rostro. Villoda era un hombre alto, de complexión dura y maciza, de ojos y cabellos oscuros. Muchos le temían. Vestía con cierta elegancia ropas de calidad, aunque difícilmente podría disimular su baja estofa. Había nacido en un zanjón

cercano al río una triste noche de invierno, y creció en los muelles entre prostitutas y bandidos, mendigando, robando y, tal vez, asesinando a cuanto cristiano se cruzara en su camino, fuera por dinero o por placer. Y justamente a ese tunante, Balmaceda le debía doscientos pesos.

—Señor Villoda —comenzó, pero ante la helada y penetrante mirada del truhán, no se atrevió a continuar. De todas maneras, ¿Qué podía decirle?: “Deme unos días más. Sí, sí, tengo su dinero, cómo no, pero sucede que esta noche me siento con suerte, sí, sí, se lo aseguro, y quiero apostar sus doscientos pesos en una mesa de juegos”. Solo un suicida haría tal cosa.

Lucas enarcó una ceja.

—Supongo que tiene lo mío, señor Balmaceda —dijo casi amablemente, con los ojos insidiosos fijos en el forastero, siempre sonriente, con los modales de un caballero. Samuel se apresuró a asentir, preguntándose vagamente si Villoda podía percibir el penetrante olor de su propio sudor mezclándose en el aire con la péfida fetidez del local.

—Eh, sí, lo traje. —Samuel se palpó el bolsillo con los dedos crispados—. Lo tengo aquí mismo, ¿sabe usted? Pero yo desearía...

Lucas sonrió de buen humor.

—Comprendo —comentó simplemente.

Samuel alzó las cejas, consternado.

—¿Comprende? —jadeó.

Lucas contempló las mesas de juego con expresión divertida y luego volvió sus ojos duros hacia el viejo Balmaceda.

—Desea jugar un poco antes de concluir sus negocios conmigo —adivinó lo que era obvio. Samuel asintió rápidamente. Lucas le enseñó los dientes en una sonrisa ladina—. Muy bien, Balmaceda, juegue —dijo, palmeando la espalda del paraguayo con más fuerza de la necesaria—. Pero no se entusiasme en demasía con los naipes, amigo mío —advirtió, y sus labios se curvaron en una mueca siniestra—. Sabe que jugar puede ser malo para la salud, ¿verdad?

El viejo casi se atragantó con su propia saliva.

—Sí, lo sé.

Villoda sonrió con la gracia de un caimán.

—Siempre es bueno recordarle esa simple verdad a los buenos amigos —reflexionó Lucas con tono amable, aunque Samuel dudó de que ese hombre pudiera tener algún amigo—. Especialmente a uno tan olvidadizo como usted.

—Sí, este, sí, comprendo. —Comprendía también la velada amenaza.

—Muy bien —Lucas asintió—. Que tenga usted suerte, señor Balmaceda —dijo, divertido.

—Gracias —musitó.

Samuel volvió los ojos hacia las mesas de juego y de pronto, sonrió, aliviado. “Quizá, decidió, mi suerte está comenzando a mejorar. Si mejoro, si doblo o triplico lo que le debo a este tunante, entonces podré volverme a Paraguay con una buena cantidad en los bolsillos.” En una de las mesas que se encontraban arrinconadas en la penumbra del fondo del salón, estaba sentado un sujeto vestido con traje de etiqueta, con un vaso de aguardiente en una mano y en la otra un mazo de cartas. Tenía una expresión distante, mientras contemplaba con ojos ausentes los naipes que pasaba de una mano a la otra lentamente, casi como si se encontrara en trance. Nadie parecía estar interesado en jugar con aquel solitario caballero; Samuel, demasiado ansioso como para pensar en ello, no se preguntó el porqué de la soledad del otro. Resuelto, se dirigió hacia él con una sonrisa en los labios.

Tiempo después, Samuel Balmaceda deseaba llorar. “Perderé esta mano, concluyó para sí. Con toda seguridad, ese infeliz se quedará con los doscientos pesos.” Juró una maldición entre dientes y contempló con los ojos entornados las cartas que sostenía entre dedos húmedos y temblorosos. ¡Era una mano de mierda! Levantó lentamente los ojos con una espantosa sensación agorera presionándole el pecho y observó a su rival con expresión contrariada. Ese rufián sí que sabía ocultar lo que sentía. “Ahora comprendo, pensó Samuel con la boca seca, este hombre es un diestro jugador, es tan hábil que nadie se atreve a jugar con él. Y yo caí en el redil como un inocente cordero.”

Gabriel Hawthorne se encontraba tranquilamente respaldado contra la silla con las piernas cruzadas y sin expresión alguna en el frío rostro de piedra. Desde que habían comenzado esa mano, sus ojos habían permanecido inmutables: apenas reflejaban la débil luz del recinto. Balmaceda se relamió, nervioso. Estiró la mano y cerró los húmedos dedos contra el vaso de ginebra, demasiado perturbado como para advertir que, con cada uno de sus torpes movimientos, estaba revelando más de lo que querría hacer en una mesa de juego. Bebió la ginebra de un trago y luego volvió los ojos hacia Hawthorne con ansiedad. “Es un redomado hijo de puta con los naipes”, decidió el viejo, rencoroso. Desvió la mirada casi inconscientemente hacia la barra y, para su horror, percibió la atenta, dura e insondable mirada de Lucas Villoda. Intentó sonreír e hizo un gesto de saludo, mientras pensaba en la mejor y más rápida manera de escapar de aquel antro de mala muerte hacia un lugar seguro, lejos, muy lejos de aquel truhán. Villoda elevó su copa hacia él con fría diversión. Samuel se estremeció una vez más y clavó sus ojos en los naipes rápidamente. “Maldita sea, musitó, maldita sea.” Hawthorne enarcó una ceja y bajó las cartas con una leve sonrisa de satisfacción en los labios.

—Mala suerte, señor Balmaceda —dijo con voz profunda.

—Perdí doscientos pesos —dijo todavía incrédulo, con la vista fija en los naipes.

Gabriel se puso de pie y comenzó a recoger sus ganancias con perezosa lentitud.

—Buenas noches, señor —dijo.

Samuel levantó la cabeza bruscamente, pálido y con los ojos bien abiertos.

—Espere —espetó con urgencia, con el sudor perlado sus sienes y los ojos muy abiertos.

Gabriel enarcó una ceja.

—¿Perdón?

—¡Juguemos otra vez!

Hawthorne lo miró a los ojos un momento, en silencio.

—Lo siento, señor Balmaceda —dijo finalmente, con gélida cordialidad—. Tengo una cita con una hermosa mujer esta noche, y no me gusta hacer esperar a una dama.

—No tardaremos mucho; se lo aseguro, señor.

—No —repitió Gabriel y suavizó la firmeza de su voz con una sonrisa cortés—. Lo siento, amigo, pero no puedo. Además, usted ya ha perdido mucho dinero. No creo que pueda permitirse seguir jugando.

Muy colorado, Samuel se pasó el pañuelo rápidamente por las sienes, pensando una vez más en las aguas heladas e inmundas del Riachuelo. Sus dedos temblaban sin control.

—Solo una mano más —suplicó con voz temblorosa—. Solo una, señor Hawthorne, por favor.

—Piense en su familia, Balmaceda —le respondió con suavidad—. Estoy seguro de que no puede permitirse perder más de lo que ya ha perdido esta noche.

—¡Mi familia! —exclamó el viejo, sorprendido. Hizo un gesto con la mano, para restarle importancia al asunto—. Ellos no me aprecian más de lo que yo aprecio a esos críos imposibles. ¡Una banda de salvajes! ¿Familia? No, señor Hawthorne, son apenas una responsabilidad que no quiero ni me importa.

Algo duro e implacable oscureció por un instante la mirada de Gabriel.

—Entiendo —dijo y curvó las comisuras de los labios en una lenta sonrisa.

Samuel sonrió, zalamero.

—Juguemos, hombre —insistió—. No me niegue la posibilidad de recuperarme.

—Me encantaría complacerlo, ya que está ansioso por continuar tentando a la suerte. Sin embargo, usted no tiene nada más que apostar.

—Habla muy bien el castellano para ser un inglés, señor —dijo por lo bajo, intentando pensar con claridad. Tenía que haber una forma de conocerlo, de que no fuera tan inaccesible. De esa manera, podría ganarle.

—A mi familia siempre la ha unido una amistad muy estrecha con un par de comerciantes de Buenos Aires y con otros tantos del Paraguay, desde la Independencia. Una amistad que ha acrecentado sustancialmente la fortuna familiar —respondió con brutal sinceridad—. Obligarme a aprender el idioma fue una de las pocas cosas que debo agradecer a mi padre. Gracias a eso, hoy no tengo dificultades económicas.

—Ah, no me diga. Yo soy paraguayo —comentó Balmaceda. Si lograba generar una simpatía, si lograba ablandarlo, sería más fácil vencerlo. Eso siempre le había funcionado, así que no perdía nada con intentarlo.

—Eso supuse. Su acento es inconfundible.

—¿En verdad? ¿Conoce usted mi tierra, señor?

—Tanto como me gustaría, no —respondió, y luego sus ojos brillaron, divertidos—. Solo conozco personalmente, después de la ciudad de Buenos Aires, un par de provincias del país, algunas pocas ciudades de Paraguay. Para vergüenza de mis padres, no me dediqué al comercio legal con nuestros buenos amigos porteños. Por el contrario, hace un par de años gané una pequeña fortuna jugando a los naipes y, principalmente, vendiendo armas en el Litoral del Plata.

—¡Quién lo hubiera dicho! —Samuel frunció el ceño—. Seguramente a los federales o a los artiguistas.

—Fue un placer, señor Balmaceda —se despidió Gabriel sin añadir más.

Samuel, entonces, manoteó desesperadamente el bolsillo interno, y echó una rápida mirada hacia Lucas Villoda, quien no le había quitado los ojos de encima en ningún momento. “¿Dónde diablos están esos malditos papeles?”, pensaba.

Bebió un último trago de licor.

—Buenas noches, señor Balmaceda —repitió.

—¡No, espere! —Una vaga sonrisa tembló en los labios del paraguayo—. ¡Aquí los tengo! —Finalmente, sus dedos encontraron la rugosa superficie de los documentos. Con torpeza, los sacó a la luz y los puso sobre la mesa—. Tengo algo que podría inte-

resarle, ahora que lo conozco mejor. —Gabriel enarcó una ceja, pensativo. Samuel intentó sonreír—. A todo o nada —dijo con más seguridad de la que sentía, con otra sonrisa de oreja a oreja—. Son las escrituras de una propiedad que poseo en las inmediaciones de la ciudad de Corrientes, cerca del río Paraná —explicó—. No es muy importante en realidad, pero está en buenas condiciones, se lo aseguro.

Gabriel echó una mirada hacia su reloj.

—Señor Balmaceda, lo lamento mucho, pero debo declinar su oferta —dijo finalmente.

—No, no, debe darme otra oportunidad —rogó con torpeza.

Hubo un momento de silencio. Gabriel curvó los labios.

—¿Está seguro de que eso es lo que desea? —preguntó con oscura suavidad.

—Sí, sí, por supuesto, quiero jugar con usted una vez más, una última vez —espetó—. No tardaremos mucho. —Samuel estaba comenzando a sentirse enfermo. No podía permitir que ese inglés traficante de armas se llevara consigo sus doscientos pesos y, junto con ellos, la única posibilidad que le quedaba de llegar con vida al amanecer.

—De acuerdo —dijo finalmente.

—¡Se lo agradezco mucho! —sonrió.

Gabriel simplemente comenzó a repartir los naipes.

—Fue su decisión, señor Balmaceda —musitó.

* * *

“No quiero morir, pensaba el viejo paraguayo, no quiero, no quiero.” En medio de la noche, Samuel Balmaceda se detuvo abruptamente y se arrebujó en su viejo abrigo al llegar al final de aquella oscura y solitaria callejuela, a calle y media del muelle. Sin aliento y con el rostro enrojecido por la bebida y el miedo, echó una rápida mirada hacia atrás al encontrarse bajo el tenue resplandor de un farol. Intentó mantener la calma, aun cuando jamás había estado

tan asustado en toda su vida. Lo había perdido todo en manos de ese truhán Hawthorne, no solo su dinero, ¡también las malditas escrituras de Eternidad! Y él que pensaba venderlas a buen precio. Había estado seguro de que ganaría esa última mano. En la profunda y silenciosa oscuridad de la noche, no pudo ver gran cosa ni más allá de unos metros de distancia a causa de la miopía, pero aun así, siguió observando las sombras con la atención de un sabueso. Entrecerró los ojos y arrugó la nariz ante el irritante y pestilente hedor que flotaba en el aire desde la costa hasta las calles aledañas. Rápidamente, buscó algo en uno de los bolsillos de su chaqueta y luego se puso los anteojos. “Dios mío, pensó al volver sus ojos una vez más hacia atrás, no permitas que Villoda me encuentre”. Con resolución, se dirigió hacia una goleta que se encontraba en la cercanía, lista para zarpar.

* * *

Gabriel Hawthorne se detuvo un momento bajo el resplandor de un farol, con una vaga sonrisa en los labios y un cigarro todavía sin encender entre los dedos. “Maldita sea, pensó con helada diversión, llegaré tarde a mi cita con la dama.” Con calma, sin expresión alguna que revelara sus emociones, buscó algo en el interior de la chaqueta y luego lo ocultó en la manga con un rápido movimiento. Solo por un breve instante, la hoja de una diminuta navaja brilló con suavidad contra la palma de su mano. “Valery se disgustará mucho conmigo.”

—¡Hawthorne! —La voz de Lucas Villoda llegó hasta él con la intensidad de una amenaza.

—Buenas noches —saludó Gabriel amablemente. La niebla se deslizó lentamente entre los pies de Hawthorne, junto con una fría bocanada de aire frío.

El otro le sonrió de oreja a oreja con la gracia de una bestia al acecho.

—Debo hablar con usted de un asunto muy serio —comenzó casi con cortesía.

Gabriel echó una breve mirada hacia su reloj.

—En este momento, no tengo tiempo —sonrió de forma agradable—. Tal vez otro día.

Lucas se envaró:

—Mire...

—No es correcto hacer esperar a una dama, ¿sabe? —lo interrumpió de buen humor.

—Sí, lo sé —gruñó—. Sin embargo...

—Muy bien, entonces —sonrió Gabriel—. Buenas noches.

—Quieto, Hawthorne —ordenó—. Le aseguro que no lo entretendré por mucho tiempo. Me temo que usted tiene algo que me pertenece. Y deseo que me lo entregue de inmediato. Después podrá ir al encuentro de la dama, se lo aseguro.

—Qué amable.

—Hablo en serio —advirtió.

—No lo dudo —y luego Gabriel añadió por lo bajo, con vaga curiosidad—. ¿Qué será?

Lucas tendió la mano. Tenía dedos largos y delgados, muy elegantes, incongruentes con el resto de su persona.

—Doscientos pesos —dijo, tajante.

Gabriel soltó un silbido.

—Es mucho dinero —comentó.

—Es mi dinero —aseguró sin sombra de dudas—. ¡Ahora démelo! —Lucas sabía que Hawthorne era un tipo duro, más inteligente y astuto que la más experimentada rata que pudiera encontrar a su paso, pero aun así, no creía tener razones para desconfiar de él. Lo conocía acostumbrado a las calles y no tenía problemas en verse rodeado por putas baratas y truhanes de la más baja estofa, pero Lucas no creía que fuera peligroso. Después de todo, era un caballero inglés—. Entrégueme el dinero —ordenó.

—Por favor —sonrió Gabriel, divertido.

Por un momento, Lucas lo miró con la boca abierta, desconcertado.

—Las cosas, se piden por favor —señaló Gabriel.

Hubo un momento de silencio.

—Hawthorne... —gruñó.

—¿Sí?

—¡Es mi dinero y me lo entregará en este momento! —dijo con la amenaza entre los dos—. Usted le quitó doscientos pesos a ese maldito paraguayo; y ese dinero es mío.

Gabriel asintió, comprensivo.

—Entiendo su posición, pero existe un pequeño detalle que, creo, ha ignorado deliberadamente: gané esos doscientos pesos en una mesa de juegos —dijo, pronunciando cada palabra con absoluto cuidado. Enarcó una ceja—. Ese dinero ahora es mío, cóbreselo a Balmaceda si puede —aclaró.

Villoda encajó los dientes. Sabía que lo que decía el inglés no estaba falto de razón. Pero él lo había querido así: le había permitido al viejo jugar con Gabriel para recuperar el dinero a través de Hawthorne. Quería cobrarle a ese caballerito o el efectivo o algunos viejos rencores.

—No haga esto más difícil —dijo enojado.

Gabriel curvó las comisuras de los labios en una sonrisa cordial.

—No es mi intención complicarle la vida, debe creerme —dijo con calma—. Pero usted sabe que ese dinero lo gané limpiamente, así que si me disculpa...

Lucas metió rápidamente la mano entre la ropa.

—¡Un momento! —siseó. Frunció el ceño ante la desconcertante tranquilidad del caballero. ¿Por qué mierda no podía intimidar a ese condenado aristócrata?

—¿Sí? —preguntó por lo bajo.

El rostro inglés de planos fríos y los negríssimos cabellos estaban parcialmente iluminados por la titilante luz de los viejos faroles de aquella callejuela, de modo que poseía una expresión inescrutable. La chaqueta que llevaba, negra, elegante, de corte perfecto y excelente calidad, se le ajustaba a la espalda y a los hombros con la perfección de todo aquello que está hecho a medida. Era un aristó-

crata, pero, al contrario de otros tantos nobles ingleses enclenques, cobardes y debiluchos que Lucas había conocido a lo largo de sus cuarenta y cinco años de vida, Gabriel Hawthorne tenía la poderosa y dura complexión de cualquier paria de los muelles. A pesar de la ropa de calidad, de los modales elegantes y de la educación de caballero, era un hombre fuerte, de sólidos músculos y absolutamente diestro con los puños y las piernas.

—Mi dinero. Ahora.

—Esta noche no tengo tiempo para perder. Creo habérselo dejado en claro —dijo con audaz cortesía—. Si así lo desea, mañana en la noche, con gusto podríamos continuar con esta interesante discusión.

—¡Cállese!

—Cuidado —advirtió Gabriel. Estaba ansioso por abandonar ese lugar y no solo por el hedor permanente de ese barrio de mala muerte. “Valery querrá mi cabeza en una pica”, pensaba.

—No me gusta perder dinero —dijo Lucas entre dientes.

—A mí tampoco.

—No juegue conmigo —advirtió—. Quiero mi dinero. —Metió la mano otra vez debajo de la chaqueta, furioso—. ¡Démelo! —ordenó y levantó la pistola lentamente, amenazante.

Con un rápido movimiento, Gabriel se lanzó hacia Villoda que, de pronto, disparó con impaciencia y mala puntería. El inglés aprovechó la momentánea sorpresa del otro y se tiró contra él, arrojándolo al suelo con toda la fuerza de su peso. Lucas soltó un jadeo ahogado al golpear violentamente la espalda contra los sucios adoquines del piso, todavía con la pistola entre los dedos. “Maldito”, resolló y, cuando volvió los ojos hacia Hawthorne, Gabriel cerró el puño y lo plantó directamente en la mandíbula del usurero. Con un gruñido de furia, casi a ciegas, Villoda volvió a disparar. La bala rozó la sien de Gabriel, que se hizo a un lado con una maldición.

Entonces, Hawthorne apoyó las manos en el suelo y, en único y veloz movimiento, viró el cuerpo de forma abrupta para patear

el codo del bandido con fría violencia. Algo crujió en el brazo del truhán. Villoda se echó hacia atrás abruptamente y soltó un aullido, con el rostro del color de la ceniza. “Mierda”, dijo con un rictus de dolor. La pistola resbaló de entre sus dedos flácidos y golpeó el suelo con un chasquido seco.

—Villoda, es suficiente —dijo, todavía con expresión alerta.

—¡Me rompiste el brazo! —gritó, incrédulo.

Gabriel arrojó la pistola a la calle con un puntapié, lejos del alcance del bandido. Luego se inclinó y tomó al truhán por las solapas de la chaqueta; lo alzó en vilo y lo aplastó con fuerza contra la pared. Con una serena sonrisa de satisfacción, Gabriel extrajo la pequeña navaja de la manga y apoyó la punta contra la garganta de Villoda.

—La próxima vez que pretenda cruzar unas palabras conmigo y se atreva a amenazarme con una pistola como lo hizo esta noche, lo mataré. ¿Comprende? —Lucas temblaba. Se humedeció los labios con la punta de la lengua—. ¿Comprende, Villoda? —repitió fríamente, en un brutal murmullo, con la mirada fiera y esa odiosa sonrisa cruel.

—Sí, sí, comprendo. —Tragó saliva. Sabía reconocer cuándo le estaban haciendo una advertencia que no debía ignorar. No en vano había vivido toda su existencia en las calles.

—Muy bien. —Lo soltó, y el otro se dejó caer al piso—. Me agradan los hombres que saben entender unas pocas y sencillas palabras —dijo—. Me temo que esta es una ciudad muy pequeña, Villoda —comenzó, ocultando la navaja una vez más dentro de la manga de la chaqueta, con los ojos fijos en Lucas—. Estoy seguro de que volveremos a encontrarnos; después de todo, nos movemos en los mismos círculos —sonrió—. Y, cuando eso suceda, me disgustará mucho pensar que, tal vez, esté considerando la posibilidad de vengarse de este pequeño altercado. La tentación será inmensa, estoy seguro de ello, pero confío en que podrá resistirla —continuó con tono indolente, aunque sus ojos parecieran ascuas encendidas en la penumbra—. No me busque, porque el encuentro no será agradable para usted.

—Estamos en paz —aseveró Villoda, olvidado del dinero y de los antiguos rencores. Sabía que sería feliz si no volvía a cruzarse en el camino de Gabriel Hawthorne jamás.

—Me alegro —dijo Gabriel. Buscó algo en uno de sus bolsillos y, luego, arrojó un fajo de billetes a los pies del otro—. Creo que esto es lo que había venido a buscar —añadió, divertido.

Lucas lo miró boquiabierto, estupefacto.

—No entiendo —musitó. Desconfiado, no se atrevió a tocar el dinero por temor a que fuera una trampa— ¿Qué significa esto?

—No lo necesito —dijo con suavidad. Sonrió—. En realidad, Villoda, como creo habérselo dicho en algún momento de la noche, las cosas se piden por favor. Si me hubiera pedido el dinero amablemente, se lo habría dado de buena gana. Sé que ese dinero debía haber estado en sus manos y no en las de Balmaceda —aseguró—. Noté que el hombre parecía no poder apartar los ojos de su persona, razón por la cual, creo, no prestó la debida atención a las cartas y terminó perdiendo conmigo más de lo que estaba dispuesto a perder.

—Ah...

—Debería evaluar con más cuidado a sus clientes, Villoda, antes de hacer negocios con ellos. Samuel Balmaceda es un hombre que no puede mantenerse apartado de las mesas de juego por mucho tiempo, eso debió de ser evidente para un hombre tan astuto y experimentado como usted. Solo era cuestión de tiempo que el infeliz decidiera escapar con las ganancias o las deudas de la noche lo más rápido posible, lejos de sus garras. Algunas personas son demasiado codiciosas para su propio bien, y no saben resistir la tentación de una buena oportunidad de quedarse con el dinero ajeno —Gabriel sonrió de excelente humor—. Por desgracia para el pobre viejo, decidió apostar su suerte conmigo. Estamos en paz entonces —concluyó de buen humor.

—En paz, Hawthorne —musitó Lucas.

Hubo un momento de silencio; Gabriel sonrió casi amablemente:

—Márchese. Ahora.

Lucas Villoda tomó el dinero con un manotazo, se incorporó con rapidez y a trompicones, se alejó en la oscuridad de la noche. Hawthorne estaba seguro de que no volvería a cometer el error de cruzarse en su camino. Cuando los pasos dejaron de resonar en la quietud nocturna y el silencio volvió a reinar entre las callejuelas con la única compañía de la niebla y el frío, Gabriel se apoyó contra la pared un momento y murmuró una maldición entre dientes. Con cuidado, examinó el pequeño agujero que tenía en la manga de la elegante chaqueta, muy cerca del hombro izquierdo. Era solo un roce, pero tendría que regresar a casa y cambiarse de ropa antes de acudir a la cita.

—Al parecer —murmuró Gabriel con divertida resignación—. Valery se molestará mucho conmigo.